

María Zambrano

De la necesidad y la esperanza

M-12, *Philosophica malacitana*, vol. vi, 1993, págs. 9-13.
Roma, 7 de diciembre de 1949.

Nada nuevo aparece en las épocas llamadas de crisis, nada que en las de plenitud no haya estado ahí. Sólo que la crisis, al plantear en toda su gravedad el humano conflicto, manifiesta hasta la evidencia el fondo último de la condición humana. Es el momento más propicio para el conocimiento de sí, que el hombre necesita y persigue, pues que a la humana criatura no le es natural mostrar su intimidad. Es el conflicto agudizado, llevado al extremo, lo que hace aparecer —no sin violencia— el secreto celado.

Mas el secreto, al manifestarse, encuentra difícilmente su expresión. Conocerse a sí mism...o será encontrar la palabra exacta, adecuada a ese secreto. Y no sólo exacta, sino, según la fórmula con que los antiguos egipcios definían la verdad, «la palabra exacta con la voz justa». El tono, el acento, que confiere a la palabra el sentido último, su significación, que le hace ser según la música que le acompaña, amenaza o promesa, clamor o maldición.

«Qué hemos de esperar, no lo sabemos y así el espíritu clama con gemidos indecibles», se dijo en el momento de más aguda crisis. Mas no sería el gemido lo peor, signo equívoco, al fin, de que algo se espera y aun de otra certeza, de que no se sabe qué es. Lo peor adviene cuando el lugar del gemido lo ocupa la palabra que no es exacta o que, andando cerca de serlo, no está pronunciada con la voz justa. Sobreviene entonces la confusión. Frente a ella, algunos se obstinan en creer saber qué es lo que esperan; otros, con mayor honestidad, renuncian a toda esperanza para caer en el abatimiento. Y en la confusión también los que esperan lo mismo andan divididos, sin reconocerse y sucede que otros por esperar tan vivamente, se dejan ir a una violenta acción, porque su esperanza les ofusca...

Conocerse a sí mismo o a otro —conocer a una persona— es saber qué espera de verdad. El hombre es una criatura impar, cuyo ser verdadero está fiado al futuro, en vía de hacerse. Existe un trabajo aún más inexorable que el de «ganarse el pan». Es el trabajo para ganarse el ser a través de la vida, de la Historia. Y sólo así los padeceres de la Historia alcanzan su sentido y se transforman en glorias; sufrimientos necesarios en esta persecución de su mejor manera de ser que el hombre va buscando desde que echara a andar un día saliendo de la oscura caverna. Y cada cultura no sería otra cosa que un gigantesco

Ensayo para lograrlo: un intento de ser hombre de una determinada manera; una versión de la condición humana.

Por lo que el hombre tiene de no ser, de ser «in via», en tránsito, está movido por la esperanza. Mas, por lo que tiene de real, por lo que ya es: alma, cuerpo, está sujeto a la necesidad. Esperanza y necesidad forman, entrecruzadas, el fondo último secreto, que se cela en los momentos de madurez, debajo de la seguridad –ofrecida a la necesidad– y de las creencias establecidas, en que se canaliza, un tanto adormida, la esperanza.

Esperanza y necesidad se configuran de diversas maneras creando la estructura peculiar de cada cultura, y de cada época en cada cultura. En los momentos de crisis podríamos distinguir los instantes pavorosos en que la esperanza gime aplastada por la necesidad, y aquellos otros en que la esperanza exasperada en busca de su argumento, deja como abandonada a la necesidad. Y a la salida de la crisis esos otros, los más fecundos en que la esperanza ha abrazado a la necesidad y la lleva consigo. Son las tres situaciones fundamentales, que en cualquier cultura pueden darse y se han dado de hecho, en lo que podemos conocer.

Por otra parte, al predominio de la esperanza o de la necesidad corresponde la actuación decisiva de esas dos fuerzas sociales que mueven la sociedad humana: las «élites» y las «masas». La esperanza actuando, abstraída de la necesidad, se encarna en la actuación de una «élite». Sólo unos cuantos hombres pueden decidirse a renunciar a todo, a olvidarlo todo, incluso su condición terrestre, «élites» de moral heroica que llegan, según lo exijan las circunstancias, hasta el martirio –visible o escondido–. Mientras que las masas irrumpen en la historia movidas por la necesidad, mas es preciso tener cuidado porque en esa necesidad anda escondida la esperanza, como de incógnito. La diferencia estriba más bien en que la élite se desprende de la consideración de la necesidad, alejándose tanto a veces que hace su pensamiento incommunicable y hasta infecundo. La masa cree obedecer a la necesidad tan sólo; es la necesidad la que estampa en su estandarte, que lleva enhiesto sin embargo por el ímpetu de la esperanza. Pues siempre que se pide, aunque sea nada más que pan, se hace en nombre de la esperanza, aguardando que con el pan llegue alguna otra cosa: alegría, justicia, felicidad.

Existe sólo una triste situación en que la esperanza parece haberse retirado por completo, dejando su sede a la ciega necesidad: es, no la del hambre, sino la de la hartura que teme ante un peligro real o imaginario. En ella encontramos lo contrario de la esperanza, su sombra que tan fielmente la acompaña: el temor.

El temor, sombra de la esperanza, esperanza negativa, mueve a la necesidad satisfecha que no quiere dejar de estarlo y crea así una esperanza al revés, una fortificación ciega de la necesidad que ya

no pide sino seguir. Y se oye entonces el grito, clamor encubierto que no nace de esperanza alguna, sino del pánico de una necesidad satisfecha. Y ésta es —aunque parezca extraño— la más terrible de las negaciones de la esperanza; la más difícil de superar. Pues antes que una nueva esperanza se abra paso en el fortificado recinto de esta necesidad satisfecha, es preciso que quienes la «disfrutan» hayan atravesado el estrecho camino del deber. Solamente cumpliendo con la exigencia del deber en un mundo donde la necesidad de todos no se ve satisfecha, puede, quien la goza, alcanzar esa gracia suprema que es la apertura a una nueva esperanza, esperanza ya desprendida de la necesidad, esperanza de segundo grado, diríamos, nacida de la esperanza apaciguada y del deber moral cumplido.

La existencia de estos grupos sociales, afincados en la necesidad satisfecha (que desconoce la esperanza ajena para no sentir el deber propio) marca la máxima penuria de la condición humana y el mayor peligro histórico. Situadas entre la verdadera «élite», movida por la pura esperanza, y la masa, empujada por la necesidad, bajo la cual la esperanza gime, crea el malentendido entre ellos dos, viene como a formar una pantalla negativa absorbente de las razones vitales de la una y de la otra. Ante la masa aparece como el desmentido de las esperanzas de la «élite», de su pureza, de su sacrificio, haciendo creer que las esperanzas y las ideas por ella inspiradas son simplemente la «superestructura» de la necesidad satisfecha. A la «élite» le ofrece una versión de la necesidad que la afinca en su desprecio de ella.

En los momentos de plenitud histórica estas tres clases definidas por su situación entre la necesidad y la esperanza, parecen no predominar demasiado la una sobre la otra, y aun vivir en armonioso equilibrio. En las épocas de crisis, cuando el conflicto se presenta al desnudo sin paliativo alguno, no existe ligazón armoniosa, sino interferencia. Necesidad, esperanza y ciega satisfacción, andan empobreciéndose la una a la otra. Diríamos que en todas las crisis que podamos recordar han predominado, definiéndolo en un instante, cada una de ellas a través del grupo social correspondiente. Se podría fijar así: la Crisis, la cuestión de confianza se plantea por la masa que grita su necesidad. Pero nunca ha estado sola. Pues que la necesidad, como la esperanza, precisa de una formulación, de unas razones, de un argumento. Este argumento puede ser toda una Filosofía, especialmente una Filosofía de la Historia. La masa no hubiera podido crear ninguna; solamente alguien de la «élite» que, movido por una esperanza no siempre confesada, ha urdido la trama justificativa del grito de la necesidad. Este alguien de la «élite» participa a la vez del carácter de la masa; de lo más típico de la masa, de aquello que más la define: no separar la esperanza de la necesidad, no desentrañar la una de la otra y por ello hacerlas correr el mismo riesgo en suma: no abstraer de la necesidad la esperanza. Porque en el fondo la masa no quiere y aun se espanta de la libertad. Pues ¿hay mayor libertad que la que resulta de haber abstraído, de haberse abstraído de la necesidad para pensar, sentir, querer como si ella no

existiese? Es la operación inicial de todo «idealismo» que por ello ha sido acusado de servir de superestructura a una necesidad ignorada. Mas no la ignora, sino para poder penetrar en un territorio que le estaría vedado, para alcanzar por virtud de su ascetismo, libertad. La libertad queda ininteligible para los movidos por la necesidad, pues que ni se hace oír por ellos, ni les oye. Y así deja abandonada la esperanza confusa que anida siempre en la demanda de la necesidad. Pero lo más grave es que permite a otros dotados del más peligroso de los instrumentos: el razonamiento convertido en sofisma, confundir a la necesidad, haciéndola esperar lo que sólo a la esperanza más pura, más desprendida, le es adecuado y legítimo. Pues nada hay más ilegítimo que el adjudicar a la necesidad el contenido de la esperanza. La necesidad es siempre «inmediata», urgente, inexorable y a la vez efímera. Cuando ha sido satisfecha, deja un lugar, lujo de tiempo y de atención del ánimo que puede y debe vacar a otra cosa. Las esperanzas cuanto más puras son, más capaces de sostener toda una vida, con sólo un débil signo de cumplimiento. La necesidad no puede ser engañada pues quiere realidades inmediatas; la esperanza puede serlo, porque en su esencia está el ser trascendente. Y así, no tiene plazo y cuanto más pura, más liberada de su cumplimiento inmediato. Sólo así, alejándose, da aliento a la vida toda, infunde confianza y hasta en agonía, desata el ímpetu creador, como si el ser humano no aguardase a que la esperanza se cumpliera y él mismo se decidiera a crear algo que la alimente. Tal es el arte.

Y son aquellos que gozan de la necesidad satisfecha quienes emprenden, llevados de la esperanza negativa, el temor, la reacción ante la demanda de la necesidad. Los que resisten al mismo tiempo con su neutralidad impermeable a la libertad nacida y padecida por los que sirven a la esperanza pura. Rebeldes, pasivamente ante ella, por desconocimiento, por indiferencia; reaccionarios ante los gritos de la necesidad inmediata y atentos sólo a subrayar sus delirios.

Y la esperanza abandonada delira; la necesidad insatisfecha fabrica pesadillas que se convierten un día en tremenda realidad para todos. La vida se convierte en una pesadilla en que el hombre deja de ser sujeto activo para serlo tan sólo paciente; en que anda enajenado por la necesidad o perdido en el delirio. El argumento más frecuente en las pesadillas —que también ellas lo tienen— es un enorme recinto hermético sin huecos ni apertura alguna, al aire ni a la luz. Es la prisión de la necesidad insatisfecha donde la esperanza a punto de convertirse en monstruo, habita asfixiada. El laberinto, el gran mito del alba de la cultura mediterránea, responde tal vez a esta situación crítica en que la necesidad se convierte en cárcel de una esperanza, la misma vida, su aliento, su libertad entenebrecida.

La Historia, nuestra Historia, nos muestra dos salidas posibles del laberinto. Una obediente a la necesidad; el laberinto se convierte en edificio. La actividad creadora entre todas es la edificante, la arquitectónica, en que el arte se somete a la utilidad. El Imperio Romano

es la grandiosa realización de esta solución verdaderamente clásica, afortunada, a la necesidad de esta atención a ella, sacrificándole la esperanza, la libertad.

La otra solución es la que se inició entre el martirio en lo que parecía delirio y locura, libertad incomprensible, absurdo irracional: el Cristianismo, en que la esperanza en libertad pura y desasida brotó anegándolo todo. Nació paradójicamente de una «élite» de la masa, de una aristocracia nacida de lo más hondo, oscuro de la masa. Y así llevaba consigo la necesidad, la inminente, la perentoria, la de cada día. Mas a ella le ordenó pedir a diario, inmediata y efímeramente, mientras que la esperanza infinita, absorbiéndolo todo en su trascender no fijaba fecha alguna para su cumplimiento y aun tenía presente que su reino no era de este mundo.

Y esta esperanza encerrada en el centro del laberinto, del edificio de la necesidad había de triunfar de ella y transformar a la larga el mundo; y así nació Europa y Occidente, que no podrá ser nunca figurada por un edificio, sino por una corriente que se supera a sí misma, por un trascenderse, pues su núcleo es la esperanza que inalcanzable y creadora se escapa sin dejarla abandonada por ello a la necesidad... Y sólo si se encuentra –razón e inspiración– ese equilibrio de la esperanza que arde sin dejar desoída la necesidad, podrá sobrevivir, renacer de sus ruinas este Continente donde la cultura occidental ha tenido su nacimiento, la vieja, dolida Europa.

Roma, 7 de diciembre de 1949

